

Y la última palabra de Gigant fué:

— Todo ó nada.

El pobre doctor se vió obligado á aceptar aquel « todo », á pesar de su horror instintivo por los peligros y por las aventuras.

Luego que los dos asociados se pusieron de acuerdo, hicieron la repartición del modo mejor que fué posible, billete por billete, y rollo de luisés.

Vuelta á cerrar la caja escrupulosamente, salieron juntos los dos compadres hablando de cosas indiferentes, como buenos amigos. Creo que Gigant encargó á los dependientes que previniesen á las gentes que se presentasen en las oficinas, que se ausentaba para un viaje corto, y no estaria de vuelta sino dentro de algunos dias.

Y en caso de desgracia, Gigant contaba hallarse bien lejos al cabo de ocho dias.

El carruaje estaba esperando á la puerta. Eran las once de la mañana.

Hércules y Toinon subieron al coche y se hicieron conducir á la calle de la Harpe.

En esta calle era en donde brillaba, como una flor en un arroyo, un elegante establecimiento muy frecuentado por los estudiantes del décimoquinto año, y que tenia por título: *Café Badoche*.

Durante el dia, este lugar de delicias no llamaba la atención del público por ninguna cosa extraordinaria. Veíanse solamente una muestra en la que estaban pintados, al fresco, dos tacos cruzados, sosteniendo en su centro tres bolas de billar formando pirámide, y en los escaparates de la puerta algunas filas de botellas multicolores, y varios comestibles de no muy agradable aspecto.

Por la noche se encendía sobre la puerta un farol con vidrios rojos, como los que hay para indicar la comisaria de policía del barrio; lo cual daba lugar á que algunos de los parroquianos bromistas llamasen indiferentemente al dueño del establecimiento, unas veces Badoche, y otras Comisario.

En este mismo café precisamente, frecuentado por tan honrosa clientela, era en donde nuestro memorialista Gosse encontraba la cerveza deliciosa.

Sin embargo, la parte interior del establecimiento no correspondía, ni con mucho, á la reputación de que gozaba.

Se componía de una pieza oblonga adornada con medallones pintados, sin duda, por algun pintor-vidriero de cabeza ligera, en los que se veían figuras con trajes escotados hasta el último extremo. Al lado de madama Dubarry figuraban unos bigotes y una nariz monstruosa que, por su fealdad misma, fué una notabilidad de la época, y ha pasado á la posteridad inmortalizada en una pipa.

Desde el momento en que se entraba, se sentía un olor acre que se agarraba á la garganta; especie de perfume complejo, y resultado de la mezcla de otros varios perfumes, cuyo análisis hubiera desesperado al químico mas hábil, perfume que solo despues de haberlo estado disfrutando por algun tiempo, se llegaba á conocer era resultado del humo del tabaco, el olor de la sopa de berzas y del aguardiente quemado.

Pero lo que daba fama á este café y hacia que no tuviese competidor, asegurando y perpetuando su boga, era Badoche, el grande, el único Badoche.

Badoche, el jubilado de la Cabaña y del Prado, el precursor de Brididi, el atrevido inventor de la coreografía romántica, un Delacroix, un Victor Hugo en su género.

En lo físico, era un hombrecillo delgado, acartonado, ligero como una mosca, con el rostro arrugado como el de una vieja, con una voz atiplada y chillona como la de un organillo para enseñar á cantar pájaros, y por añadidura, con un movimiento nervioso continuo y muy particular en sus rodillas.

En cuanto á lo moral, era la personificación misma de la inmoralidad. Por lo demás, guapo chico, como se dice; así es que este buen Comisario nunca se negaba á jugar una partida de billar, — porque era tan diestro de manos como de piernas, — ni se desdeñaba de alternar con los bonetillos amarillos, verdes, azules y rojos de los estudiantes del primer año.

Daba lecciones particulares de *cancan* en las casas, y en la suya enseñaba los rudimentos del juego de billar.

No hablaremos de la « dama de mostrador », que era una buena y gordiflona comadre que debió haber servido de modelo al pintor de los medallones para el retrato de la Dubarry, segun lo daban á entender sus bigotes.

Delante de Badoche todo palidecía y se eclipsaba, como les sucede á las estrellas, que por brillantes que sean, desaparecen de la vista tan pronto como el sol empieza á presentarse en el horizonte.

No habia mas que una sola personalidad en el café que pudiese contrabalancear la del ilustre coreógrafo, y esta notabilidad tenia por nombre José María Tarantas.

Este era, á fé mia, un gallardo mozo, alto, fuerte, con espaldas anchas, grandes ojos azules que hacían ponerse pensativas á algunas de las mujeres del barrio latino, que eran capaces de pensar todavía, cuando alzaban sus ojos y conseguían disipar por un momento los vapores del disgusto, de la vergüenza y del desprecio de sí mismas en que, por lo general, se hallaban envueltas, como en una espesa niebla.

Habia habido, ¿cuándo?... — quizás hacia ya mucho tiempo de eso, — habia habido una época en que tuvo sus momentos de brillo, tal vez algunos años que debieron ser bien pesados para él, por cierto; algunos años de juventud, porque á pesar del estado de degradación en que se hallaba, se veían todavía señales, en su rostro ajado, de su antigua belleza.

Una madre tierna y cuidadosa debió haber peinado y alisado, con cierto orgullo, sus hermosos cabellos rubios, que descuidados y en el mayor desorden ahora, se parecían mas bien á cerdas que á pelos. ¡Con qué ternura y cariño habia besado su pobre madre aquella frente hermosa y tersa, surcada ahora por precoces arrugas, aquellos labios sonrosados abrasados por el alcohol, y aquellas mejillas hundidas por el hambre y el vicio!

A Tarantas le gustaban las bromas; pero no le gustaba que hablasen de su madre.

Dos ó tres bromistas de mala especie, habiendo llegado á saber aquel flaco ó manía, habian tenido un dia la *humorada* de hacer la experiencia. Y aquel dia hubo dos costillas rotas y un brazo dislocado en el café Badoche.

Tarantas era fuerte como un toro, manso como un cordero cuando los vapores alcohólicos no venían á exasperar el furor y enfado permanente que tenia contra sí mismo, el cual, en aquel caso, se volvía naturalmente contra los demás.

En otro tiempo no le faltaba inteligencia; habia obtenido el primer premio en el colegio, habia sido laureado por aclamación, y prometía ser un mozo de provecho sobre el cual se fundaban grandes esperanzas.

Pero hoy él era el primero que trataba de matar su inteligencia, embruteciendo el alma en provecho del cuerpo, tanto como le era posible; así es, que este prosperaba que era un gusto verlo. Comía como cuatro y bebía como diez, con glotonería, como un buitre; pero en cambio, no pagaba ni aun por uno.

Y á pesar de esto, el amigo Badoche, que nunca se enfadaba ni perdía su buen humor mas que cuando se trataba de cuentas no pagadas, no se quejaba por eso, al contrario, mas hubiera querido perder el mejor y el mas puntual en el pago de sus parroquianos, que separarse de su amigo Tarantas.

Es verdad que este era su brazo derecho, su poder ejecutivo, en una palabra, su cirineo. Badoche mandaba, y Tarantas ejecutaba.

¿Se armaba alguna disputa en el establecimiento?... pues allá iba Tarantas. ¿Ocurria alguna traba-cuenta en el mostrador?... pues en seguida gritaba la Dubarry: ¿A dónde está M. Tarantas?... y al oír este nombre temible, todo se arreglaba.

Luego, ademas de ejercer las funciones de jefe de la policía en el café Badoche, Tarantas prestaba otros servicios que tenían su valor.

En ausencia del ex-cantante, Tarantas le reemplazaba como maestro de billar; y él era generalmente el que presidia el juego por la noche. Durante el dia, su mesa, colocada en el rincón izquierdo del salón, jamás estaba desocupada, y se jugaban en ella numerosas partidas de ecarté que, por un fenómeno de física peculiar á los establecimientos de este género, se convertían en botellas de cerveza y en copas de ajénjo.

Tarantas bebía por tres, y los que perdían, pagaban. Y todo esto hacia marchar los negocios á las mil maravillas.

Si se nos pregunta la causa de haberse extinguido aquella inteligencia, de haberse desfigurado aquel hermoso cuerpo tan bello y elegante como el de Antinoo, de haberse embrutecido y envilecido aquella alma dotada de delicadeza y elevados sentimientos, hasta el punto de no saber ya discernir entre el bien y el mal, nosotros no responderemos mas que una sola palabra: diremos que aquella transformación tan radical y completa era debida al *empresario de vicios*; era la obra de Gigant.

## LVI

JOSÉ MARÍA TARANTAS.

José María Tarantas era hijo de una honrada y decente familia de provincia. Su padre, que murió muy jóven, le dejó por herencia tres alquerías, situadas entre Dournazac y San Mateo; y ademas, cierto fondo ó capital de reserva; todo lo cual componía una grande extensión de terreno, pero una escasa riqueza.

Las tierras cuestan poco en el Limosin, y en aquella época valían aun mucho menos que en el dia. Pero en definitiva, aunque pobre, José tenia con qué vivir holgadamente como un hidalgo campesino.

Con ocho yuntas de bueyes en el establo, doscientas cabezas con plumas y sin plumas en los corrales, cuatro perros en la perrera, y un buen caballo del país en la cuadra, si no con lujo, esto era, por lo menos, lo suficiente para pasarlo con cierta comodidad.

Algunas veces, entre un vaso de cerveza y una copa de aguardiente, José veía pasar delante de sus ojos todas estas cosas á través de la humeante luz de los quinqués.

Volvía á ver también á su madre, tal como estaba entonces, jóven y hermosa con toda la bondad de su alma.

¡Pobre madre alucinada y ciega! Habia querido que su hijo fuese un sabio, ó por lo menos, un hombre distinguido, y con este objeto habia enviado á José á educarse en un colegio; gastó que aminoraba extraordinariamente las cortas rentas de la viuda.

Y como los maestros de su hijo, viéndolo dotado de tan buenas disposiciones, le predecían un porvenir brillante, la buena señora se habia impuesto mayores privaciones, y no escaseaba los sacrificios por el bien de aquel hijo querido.

Y así envió á Tarantas á Paris.

Desde este momento fatal, la historia de José María se puede reasumir en algunas líneas. Es la historia vulgar de todos los que han destrozado y perdido su carrera por la holgazanería, el abandono y los vicios.

El patrimonio de Tarantas representaba, poco mas ó menos, un capital de unos doce mil duros, suma que en un país pobre como el Limosin, era una fortuna considerable. Y José María no creía que pudiese llegar nunca á tener fin.

Acostumbrado á ver satisfechos todos sus deseos, aun antes casi de expresarlos, no se privaba de nada.

Siendo generoso por naturaleza, y viviendo en medio de sus condiscipulos pobres la mayor parte, se conducía como si hubiese conocido el « Sésame, ábrete » de los cuentos de Ali-Baba.

Este « Sésame, ábrete », eran sus repetidas peticiones de dinero á su pobre y buena madre, que no sabia negarle nada.

Al fin del curso del primer año, fué preciso confesar algunas deudas, y otras, y otras al fin del segundo curso.

Todos los ahorros y todas las rentas de la pobre viuda iban á hundirse en aquel tonel sin fondo de las Danaides.

Pero el jóven no se habia aprovechado en lo mas minimo de todos estos sacrificios enormes.

Cuando iba á pasar las vacaciones á casa de su madre, era recibido allí como el dueño y señor de la casa. La madre no se quejaba; pero José María, que en el fondo no era malo, no dejó de conocer que no se pasaba la vida allí con el mismo desahogo y comodidades que otras veces.

Madama Tarantas habia vendido el carricoche, é iba á pié los domingos á la iglesia. Se economizaba el pan, la carne, los géneros del tendero, y así todo lo demas.

Estas observaciones que hizo, tuvieron mas influencia sobre él que todas las quejas y reconvenciones. Comprendió, en seguida, la embarazosa situacion en que se hallaba la casa, y tal vez se habria detenido al borde del precipicio, si, á su vuelta á Paris, no hubiese tenido la desgracia de encontrarse con M. Gigant.

Este le abrió su bolsillo con la mayor franqueza y dió al estudiante cuanto le pedia.

Apenas habian trascurrido seis meses desde que él habia formado sus excelentes resoluciones de cambiar de vida, cuando se vió obligado á dirigirse á su pobre madre y confesarle sus nuevas deudas.

Esta vez la desgraciada madre tampoco se quejó y guardó silencio como otras veces, pero se vió obligada á vender una alquería.

En fin, trozo á trozo, tierra á tierra, las otras dos siguieron el mismo camino y vinieron á pagar con la usura de ciento por ciento los gastos de la vida parisiense del jóven Tarantas.

Él, sintiéndose perdido, trató de olvidar sus locuras y desarreglos, metiéndose cada vez mas profundamente en el cenagal de todos los vicios; y convencido de que llegaría un dia en que ya no podria continuar viviendo de aquel modo, tuvo á lo menos el pudor de ocultar á su madre, tanto como le fué posible, la crítica posicion en que se hallaba.

Todas las semanas le escribia cartas entusiastas hablándole de sus proyectos futuros, de su brillante porvenir, de la reputacion y la riqueza que no podria menos de adquirir algun dia.

La buena madre creia en su hijo como creia en Dios, y habria creido cometer un crimen si hubiese tratado de coartar en lo mas minimo los medios para que su hijo llegase á adquirir aquella fortuna y reputacion problemáticas de que le hablaba en sus cartas.

A pesar de todo, llegó un dia en que se vió precisada á responder por una negativa á una nueva exigencia de aquel hijo querido.

Ya no le quedaba que vender mas que la casa en que vivia, el pequeño fondo de reserva, y despues los ojos para llorar, como suele decirse.

Lloró tanto y tan continuamente por aquel hijo pródigo, que no veia hacia muchos años, que abrasados sus ojos por

las lágrimas perdieron sus facultades ópticas y poco á poco se quedó ciega, y un dia escribió á José, que siempre la estaba engañando con que iria á hacerle una visita y nunca iba, diciéndole:

« Has tardado tanto tiempo en venir, hijo mio, que ya no volveré á verte mas. »

Esta carta tan elocuente y desconsoladora por su concision, escrita á tuestas en un papel empapado de lágrimas, casi despertó el corazon dormido de aquel hijo ingrato.

Si hubiese llegado algunos años antes, habria salvado quizás á José María; pero ahora llegaba demasiado tarde; habia perdido ya el amor al estudio, su inteligencia se hallaba embrutecida, y demasiado arraigadas sus desordenadas costumbres. Ya no habia medio de retroceder.

Tarantas sondeó con una mirada la profundidad del abismo fangoso en que se hallaba metido, y renunció á salir de él; pero hizo juramento de que á lo menos mientras viviese, « la vieja » conservaria su campo y su casita; hizo mas, tuvo valor para crearse, respecto á ella, una vida facticia.

Muriéndose de hambre, yerto de frio, lejos de toda persona amada, perdido en las lodosas calles de Paris como un perro sin dueño, quiso aparecer á los ojos de ella, si no como un rico, gozando á lo menos de cierta comodidad y desahogo.

En los momentos en que la escribia, se hacia, durante algunas horas el José María que hubiese debido ser realmente: le daba cuenta de sus proyectos para el porvenir, de sus imaginarios progresos; y ya que no podia enviar á su desgraciada madre la felicidad que habia desperdiciado tan locamente, le enviaba la ilusion de ella.

De este modo vivian en el jóven Tarantas dos seres bien distintos.

El uno, jóven, bello, amante y amado, lleno de noble ambicion y porvenir, lleno de fé en la bondad de los hombres y en la justicia de la Providencia.

El otro, un viejo precoz, con el espíritu apocado, el corazon empedregado, y dormido en ese sueño idiota propio de la embriaguez.

Por una parte, el jóven y gallardo estudiante; por otra, el grosero y casi vil sostenedor del café Badoche.

Una sola cualidad buena habia conservado: no era rencoroso. Todo su rencor lo guardaba para un solo hombre, el autor de su desgracia y de sus remordimientos.

A este hombre ya lo hemos nombrado. Era Gigant.

En el momento en que este y su compañero Toinon se apeaban del cabriolé á la puerta del café Badoche, daban las once y media en el reloj del establecimiento.

No se madruga mucho en el barrio latino. La sala del café estaba casi desierta.

Los mozos limpiaban las mesas; la Dubarry con bigotes acababa de almorzar en una esquina del mostrador, Badoche estaba ajustando cuentas atrasadas melancólicamente, y Tarantas, sentado en su mesa de costumbre, se disponia á tomar un vaso de ajeno, en cuya interesante preparacion nadie se habria atrevido á interrumpirle.



Tarantas, levantándose, cogió el vaso con intencion de rojárselo á la cara.

Las mañanas las pasaba José María bastante penosamente; antes de las doce, nadie se cuidaba de dirigirle la palabra, y esto era porque á aquellas horas estaba todavia en ayunas... relativamente.

La excitacion del dia anterior se habia calmado con el sueño, y ahora pensaba y se acordaba de los plantíos de castaños, de los valles y de los estanques, de los campos de trigo y de centeno, y sobre todo « de la vieja. »

Luego, segun que las botellas se iban vaciando en su estómago y que se llenaba la taza de café, los ojos de Tarantas se iban iluminando, aquellas imágenes y recuerdos iban desapareciendo, y la risa de la embriaguez se asomaba á sus labios.

Cuando la puerta vidriera del café se abrió, José, que iba á llevar la copa á sus labios, la volvió á poner bruscamente sobre la mesa de mármol, se le oyó una sorda exclamacion, y se le cambió el color.

Acababa le reconocer al hombre que aborrecia mas en el mundo, ¡H. Gigant, hombre de negocios.

Este, seguido por Toinon, que se ocultaba discretamente detrás de él se fué en derechura hácia José con una sonrisa que se veiapocas veces en su fisonomia.

El ex-esudiante, asombrado de semejante audacia, le miraba acaecarse con la boca abierta.

Cuando estuvo cerca de él, Gigant le alargó la mano amistosamente.

Pero Tarantas, levantándose, cogió el vaso con la suya con intencion de arrojársele á la cara, murmuró algunas palabras sedas, y se volvió á sentar.

— ¿ Qui, ya no se conoce á los amigos? preguntó Gigant con una ra franca. Vamos, M. Tarantas, que hace mucho tiempo ya que no nos hemos visto.

En seguida, se sentó en frente de él, y volviéndose hácia Badoche, que estaba divirtiéndose al billar, le dijo: